

Complemento al estudio de UNAMUNO

TEXTOS

1. Algunos nociones previas sobre la teoría unamuniana de la novela

Para llegar a esta unidad dialéctica que constituye la esencia unitaria de la novela en su discurrir histórico (= unidad sistemática surgida por la oposición de una estructura objetiva -la sociedad- y una estructura subjetiva -el autor-), parto del hecho de que la novela es, en su principio, el producto de una insatisfacción o rebelión producidos por inquietud o hastío y que se manifiesta bajo forma realista, esto es: bajo el deseo de ser creído, de convencer, sin necesidad de recurrir a documentación o pruebas. Este deseo e interés de convencer (de dar una realidad) se acrecienta por la frecuencia con que el novelista, en su proyección biográfica, intenta también convencerse a sí mismo, "disolverse en la obra literaria". Y para ello, distintamente al historiador, que acude a la prueba y el documento, el novelista jugará con valores estéticos (la lengua y la técnica de componer) para construir su realismo, su deseo de convencer y convencerse.

(Antonio PRIETO: *Morfología de la novela*, Edit. Planeta, Barcelona, 1975, págs. 16-17)

"En un primer estadio, la novela se nos manifiesta como un intento de solución, por la vía literaria, de un estado problemático. A través de su potencia activa, deductivamente, el novelista origina o interpreta partiendo de algo ya dado, de alguna manera, en sí mismo o fuera de sí, en la sociedad que le rodea....

De acuerdo con Goldmann, "ningún escritor puede, en efecto, crear una obra *válida* planteando problemas que él mismo ha superado"...

Esta rebeldía o inquietud del novelista entraña compañía, dualidad. Se rebela uno contra algo o contra sí mismo y ello implica "acción", un desarrollo problemático. El autor, que va a desarrollarse o complementarse así en un héroe o héroes novelescos, cumple de este modo una necesidad biográfica que constituye el primer elemento de la unidad dialéctica: la estructura (*energeia*) subjetiva del mundo novelístico. Aquello contra lo que se rebela (lo juzgue, ataque o intente salvarlo) constituye el segundo elemento de la unidad, la estructura objetiva externa de ese mundo novelístico (también dotada de dinamismo). El conflicto, la acción desarrollada en novela, queda establecido por la oposición de las dos estructuras (subjetiva objetiva), que en su fusión dinámica componen un nuevo sistema dinámico, específico del novelista, que constituye su mundo o su situación a novelar valiéndose de unos elementos (personajes) que no son el novelista pero que lo contienen en distinta gradación (...)

La novela (cuando se ha manifestado en producto literario) responde de este modo a una unidad dialéctica, conflictiva, compuesta de dos estructuras.

(...) La estructura objetiva que el autor aprehende y a la que se opone, puede ser

- a) un estamento social, una realidad totalmente externa, o
- b) el propio novelista, exteriorizado y con cuanto comporta como parte o número obligado de una sociedad.

Nace de aquí la primera gran división novelística que establezco, pose a las relaciones mutuas que las invaden:

- a) la novela cerrada, de predominio interno, en la que el autor se enfrenta consigo mismo como estructura objetiva, y
- b) la novela abierta, de predominio social, en la que el autor se enfrenta con una parcela histórico-social, a la que también reforma. (Ibid., pág. 19).

El carácter biográfico, congénito de la novela, es una necesaria consecuencia de la estructura subjetiva que la configura, y este carácter es el que alimentará, será una "forma", entendiendo por forma (...) el sistema mediante el que un autor "disuelve" una preocupación o problema en expresión (comunicación artística).

(...) En las vitales páginas del *Cómo se hace una novela*, Unamuno expresaba certeramente que 'toda obra de ficción, todo poema, cuando es vivo, es autobiográfico... y si este (el autor) pone en su poema un hombre de carne y hueso a quien ha conocido, es después de haberlo hecho suyo, parte de sí mismo' (ibid. pags. 26-27).

En fusión, pues, con su realidad circundante, y de acuerdo con la unidad dialéctica que lo fertiliza, el novelista se da en sus personajes bajo un ansia de compañía, de comunicación, en la que, con muy distintas gradaciones, le ofrece al lector el ser copartícipe de una creación, coprotagonista de un vivir ajeno. En este sentido es como Unamuno pedía un "lector actor, para quien leer es vivir lo que lee", un lector que, "a la vez que lee, va haciendo, creando al personaje", componiendo así, y por sí mismo... una realidad objetiva, como pretende el "NOUVEAU ROMAN", o bien insertándose en un área problemática, personal, surgida de la oposición de la estructura subjetiva con su mundo externo.

(Ibid. pág. 28).

2. Textos de Unamuno

"Tengo la conciencia de haber puesto en ella todo mi sentimiento trágico de la vida cotidiana"

(Del prólogo a la edición de *San Manuel Bueno, mártir* de 1933).

En ese mismo prólogo advierte Unamuno que el problema que alienta en esta novela es "el pavoroso problema de la personalidad, si uno es lo que es y seguirá siendo lo que es".

2.1. El sentimiento trágico y el irracionalismo

Ya dijo no sé dónde otro profesor, el profesor y hombre Guillermo James, que Dios para la generalidad de los hombres es el productor de la inmortalidad. Sí, para la generalidad de los hombres incluyendo al hombre Kant, al hombre James y al hombre que traza estas líneas que estás, lector, leyendo.

Un día, hablando con un campesino, le propuse la hipótesis de que hubiese, en efecto, un Dios que rige Cielo y Tierra, Conciencia del Universo, pero que no por eso sea el alma de cada hombre inmortal en el sentido tradicional y concreto. Y me respondió: "Entonces, ¿para qué Dios?". Y así se respondían en el recóndito foro de su conciencia el hombre Kant, y el hombre James. Sólo que al actuar como profesores tenían que justificar racionalmente esa actitud tan poco racional, lo que no quiere decir, claro está, que sea absurda.

Hegel hizo célebre un aforismo de que todo lo racional es real y todo lo real racional; pero somos muchos los que, no convencidos por Hegel, seguimos creyendo que lo real, lo realmente real, es irracional; que la razón construye sobre irracionalidades.

No quiero engañar a nadie ni dar por filosofía lo que acaso no sea sino poesía o fantasmagoría, mitología en todo caso. El divino Platón, después que en su diálogo *Fedón* discutió la inmortalidad del alma -una inmortalidad ideal, es decir, mentirosa-, lanzose a exponer los mitos sobre la otra vida, diciendo que se debe mitologizar. Vamos, pues, a mitologizar.

El que busque razones, lo que estrictamente llamamos tales, argumentos científicos, consideraciones técnicamente lógicas, puede renunciar a seguirme. En lo que de estas reflexiones sobre el sentimiento trágico resta, voy a pescar la atención del lector a anzuelo desnudo, sin cebo; el que quiera picar que pique, mas yo no engaño a nadie, Sólo al final pienso recogerlo todo y sostener que esta desesperación religiosa que os decía y que no es sino el sentimiento mismo trágico de la vida, es, más o menos velada, el fondo mismo de la conciencia de los individuos y de los pueblos cultos de hoy en día; es decir, de aquellos individuos y de aquellos pueblos que no padecen ni de estupidez intelectual ni de estupidez sentimental. Y es ese sentimiento la fuente de las hazañas heroicas.

Y el que me siga leyendo verá también cómo de este abismo de desesperación puede surgir la esperanza, y cómo puede ser fuente de acción y de labor humana, y de solidaridad y hasta de progreso, esta posición crítica. El lector que siga leyéndome verá su justificación pragmática. Y verá cómo para obrar, y obrar eficaz

y moralmente, no hace falta ninguna de las dos opuestas certezas, ni de la fe, ni de la razón, ni menos aún — esto en ningún caso— esquivar el problema de la inmortalidad del alma o deformarla idealísticamente, es decir, hipócritamente. El lector verá cómo esa incertidumbre, y el dolor de ella y la lucha infructuosa por salir de la misma, puede ser y es base de acción y cimiento de moral.

(M. DE UNAMUNO: *Del sentimiento trágico de la vida*, 1913)

2.2. Sed de eternidad-hambre de Dios

El universo visible, el que es hijo del instinto de conservación, me viene estrecho, esme como una jaula que me resulta chica, y contra cuyos barrotes da en su revuelo mi alma; fáltame en él aire que respirar. Más, más y cada vez más; quiero ser yo, y sin dejar de serlo ser además los otros, adentrándome en la totalidad de las cosas visibles e invisibles, extenderme a lo ilimitado del espacio y prolongarme a lo inacabable del tiempo. De no serlo todo y por siempre, es como si no fuera, y por lo mismo ser todo yo, y serlo para siempre jamás. Y ser yo, es ser todos los demás. ¡O todo o nada!

¡O todo o nada! ¿Y qué otro sentido puede tener el "ser o no ser", "to be or no to be" sesperiano, el que aquel mismo poeta que hizo decir a Marcio en su *Coriolano* que solo necesitaba eternidad para ser Dios: "he wants nothing of a god but eternity?" ¡Eternidad! ¡Eternidad! Este es el anhelo; la sed de eternidad es lo que se llama amor entre los hombres; y quien a otro ama es que quiere eternizarse en él. Lo que no es eterno tampoco es real.

Gritos de las entrañas del alma ha arrancado a los poetas de los tiempos todos esta tremenda visión del fluir de las olas de la vida...

La vanidad del mundo y el cómo pasa, y el amor son las dos notas radicales y entrañables de la verdadera poesía. Y son dos notas que no pueden sonar la una sin que la otra a la vez resuene. El sentimiento de la vanidad del mundo pasajero nos mete el amor, único en que se vence lo vano y transitorio, único que rellena y eterniza la vida. Al parecer al menos, que en realidad... Y el amor, sobre todo cuando la lucha contra el destino súmenos en el sentimiento de la vanidad de este mundo de apariencias, y nos abre la vislumbre de otro en que, vencido el destino, sea ley la libertad.

¡Todo pasa! Tal es el estribillo de los que han bebido de la fuente de la vida, boca al chorro, de los que han gustado del fruto de la ciencia del bien y del mal.

¡Ser, ser siempre, ser sin término, sed de ser, sed de ser más! ¡Hambre de Dios!, ¡sed de amor eternizante y eterno!. ¡ser siempre!, ¡ser Dios!?"

(M. DE UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida*).

2.3. La "duda agónica"

El modo de vivir, de luchar por la vida y de vivir de la lucha, de la fe, es dudar. Ya lo hemos dicho en otra obra nuestra, recordando aquel pasaje evangélico que dice: "¡Creo, socorre mi incredulidad!" (Mc, 9, 32). Fe que no duda es fe muerta.

¿Y qué es dudar? *Dubitare* contiene la misma raíz, la del numeral *duo*, dos, que *duellum*, lucha. La duda, más pascaliana, la duda agónica o polémica, que no la cartesiana o duda metódica, la duda de vida -vida es lucha-, y no de camino -método es camino-, supone la dualidad de combate.

Crear lo que no vimos se nos enseñó en el catecismo, que es la fe; creer lo que vemos -y lo que no vemos- es la razón, la ciencia, y creer lo que veremos -o no veremos- es la esperanza. Y todo, creencia. Afirmando, creo, como poeta, como creador, mirando al pasado, al recuerdo; niego, descreo, como razonador, como ciudadano, mirando al presente; y dudo, lucho, agonizo como hombre, como cristiano, mirando al porvenir irrealizable, a la eternidad.

(M. DE UNAMUNO, *La agonía del cristianismo*, 1925).

2.4. Poesía:

a) El mito de Prometeo

AL BUITRE DE PROMETEO

A la roca del mundo Prometeo
–que es de los hombres el mejor amigo–
con divinas cadenas
atado y preso,
se alimenta de penas
y al buitre acariciando, su castigo,
al buitre Pensamiento, así le dice:
(...)

Vamos, vamos, verdugo,
sumerge tu cabeza aquí, en mi seno,
y engulle mis entrañas
pero no alces el pico,
quedo aprende a comer, sin feas mañas,
ni así me lo sacudas, ¡te suplico!
¡No, no esos desgarrones,
come pausado, la cabeza hundida;
mira que esos tirones
me hacen desfallecer y no te siento
dame un lento dolor, sordo, apacible;
dame un dolor de vida, pensamiento!
(...)

Dale, dale, mi buitre, sin cuidado;
no temas que me muera;
manjar tendrás en mí por largos siglos;
común es nuestra vida,
y en tanto me devores
se mantendrá mi vida con dolores.
No busques otro pasto,
mira, mi vida, como yo te basto.

Bajo tus picotazos las entrañas
muriendo me renacen de continuo;
cuando la muerte viene así, de cara,
sin vil disfraz ni engaño,
se puede combatirla;
lo malo es cuando viene de soslayo,
cautelosa, tapada y sin sentirla;
su violencia no temo, sí su dolo.

Gracias a ti, mi buitre, no estoy solo;
tengo en ti mi compañero,
¡mi amigo y carnicero!
La soledá es la nada;
el dolor de pensar es ya un remedio,
mejor tus picotazos que no el tedio...
(...)

Nacer fue mi delito,
nacer a la conciencia,
sentir el mar en mí de lo infinito
y amar a los humanos
¡Pensar es mi castigo!
¡Dale, dale de firme, cruel amigo!
(...)
Pero no, no te apartes de mi seno,
que a tu falta me duermo para siempre;
escarba en mis entrañas, pensamiento;
mejor que no el vacío, tu tormento.
Existir, existir, pensar sufriendo
más bien que no dormir, libre de penas,
el sueño sin ensueños, que no acaba;
benditas tus cadenas,
Ya que sin ellas pronto me hundiría
de las pálidas sombras en el gremio.
¡Sea inmortal dolor, mi eterno buitre,
y no placer efímero, mi premio!
(...)

Y tú, impasible Júpiter celeste,
razón augusta, Idea soberana,
buitre del universo que devoras
mundos, soles y estrellas,
Tú, a quien los siglos son como las horas,
harto también un día,
la cabeza, almenada de centellas,
doblegarás de la modorra el peso.
Será tu fin, el fin de tu reinado;
sobre ti manda, incontrastable, el Hado.
(...)

¿Y después? ¿Cuándo cese el Pensamiento
de regir a los mundos?
¿Y después...?
–¡ay, ay, ay! ¡no tan recio!–
¡no tan recio, mi buitre!
mira que así me arrancas la conciencia;
aun dentro de tu oficio, ¡ten clemencia!

Poesías, 1907

A MI BUITRE

Este buitre voraz de ceño torvo
que me devora las entrañas fiero
y es mi único constante compañero
labra mis penas con su pico corvo.

El día en que le toque el postrer sorbo
apurar de mi negra sangre, quiero
que me dejéis con él solo y señero
un momento, sin nadie como estorbo.

Pues quiero, triunfo haciendo mi agonía
mientras él mi último despojo traga,
sorprender en sus ojos la sombría

mirada al ver la suerte que le amaga
sin esta presa en que satisfacía
el hambre atroz que nunca se le apaga.

Salamanca, 26 de octubre, 1910.

b) Credo poético

Piensa el sentimiento, siente el pensamiento;
que tus cantos tengan nidos en la tierra,
y que cuando en vuelo a los cielos suban
tras las nubes no se pierdan.

Peso necesitan, en las alas peso
la columna de humo se disipa entera,
algo que no es música es la poesía,
la pensada sólo queda.

Lo pensado es, no lo dudes, lo sentido.
¿Sentimiento puro? Quien en ello crea,
de la fuente del sentir nunca ha llegado
a la vida y honda vena.

No te cuides en exceso del ropaje,
de escultor, no de sastre es tu tarea,
no te olvides de que nunca más hermosa
que desnuda está la idea.

No el que un alma encarna en carne, ten presente,
no el que forma da a la idea es el poeta
sino que es el que alma encuentra tras la carne,
tras la forma encuentra idea.

LA ORACIÓN DEL ATEO

Oye mi ruego, Tú, Dios que no existes,
y en tu nada recoge estas mis quejas,
Tú que a los pobres hombres nunca dejas
sin consuelo de engaño. No resistes

a nuestro ruego y nuestro anhelo vistas.
Cuando Tú de mi mente más te alejas,
más recuerdo las plácidas consejas
con que mi ama endulzóme noches tristes.

¡Qué grande eres, mi Dios! Eres tan grande
que no eres sino Idea; es muy angosta
la realidad por mucho que se expande

para abarcarte. Sufro yo a tu costa,
Dios no existente, pues si Tú existieras
existiría yo también de veras.

Rosario de sonetos líricos, 1911

De las fórmulas la broza es lo que hace
que nos vele la verdad, torpe, la ciencia;
la desnudas con tus manos y tus ojos
gozarán de su belleza.

Busca líneas de desnudo, que aunque trates
de envolvernos en lo vago de la niebla,
aún la niebla tiene líneas y se esculpe;
ten, pues, ojo, no las pierdas.

Que tus cantos sean cantos esculpidos,
ancla en tierra mientras tanto que se elevan,
el lenguaje es ante todo pensamiento,
y es pensada su belleza.

Sujetemos en verdades del espíritu
las entrañas de las formas pasajeras,
que la Idea reine en todo soberana;
esculpamos, pues, la niebla.